



16/ Guayaquil
I semestre 2026
ISSN 2631-2824

La infancia, un campo minado

Maritza Cino Alvear

*A veces la infancia
es una lanza adormecida
en el territorio del lenguaje/
los ojos se abren a la estrechez del mundo/
el advenimiento del primer monosílabo/
los primeros pasos tropiezan el abismo/
la cobertura del sol ha descendido/
el llanto asoma detrás de la mirada/ventre.*

143

Sospecho que el territorio de la infancia es un campo minado al que se vuelve una y otra vez. También sospecho que no lo cruzamos conscientemente, sino más bien esquivamos el centro móvil para tomar el mejor atajo que nos permita zigzaguear y no mostrarnos ni despertar al fantasma.

Sabemos que la infancia está repleta de vivencias diversas, es un ir y venir a través de la existencia y, frente a esa posibilidad ineludible e interminable, toma fuerza el enunciado de Ana María Matute, novelista española cuando dice: «A veces la infancia es más larga que la vida»; la frase me conduce a lo infinito e

inasible, a lo que no tiene medida ni caducidad. Esa vía/etapa que desborda a todas y permanece adherida, indisoluble y encarnada. En un artículo de Camila Builes¹, se menciona:

La infancia es el lugar de la memoria y el mito: es la etapa de los primeros recuerdos, de la sorpresa por el mundo y el descubrimiento de todo lo que lo compone. Desde la escritura se acude a esas primeras imágenes o recuerdos pantallas, según Sigmund Freud, que son reconstruidas ficticiamente por el sujeto desde sucesos reales o fantasmas, para comprender ese primer ser en la vida, la singularidad, el pasado que contiene la sustancia que explica una parte importante del presente, las motivaciones personales, la identidad actual, los proyectos del futuro. Se revisa la temprana edad que da origen a esa identidad múltiple y final.

144

Cuando pienso que en la infancia se fabulan el mito y la memoria de la que habla Builes, capturo los primeros tejidos y mixturas adheridos en algún lugar sin límites; también a partir de mis lecturas y experiencia poética advierto que ese paraíso encantado de juegos y afectos no siempre es como usualmente se espera, un espacio de seguridad umbilical que según se afirma es decisivo para que la vida sea más estructurada y llevadera.

Todos los escritores en algún momento han depositado en su creación fragmentos de infancia, han metaforizado sus recuerdos de diversas maneras, han asistido a una especie de catarsis al reescribir esas remembranzas iniciales, franjas de memoria de variados tonos e intensidades que deambulan por el desasosiego, hacia esa pulsión inaugural: escena primal que se repite al infinito.²

¹ Camila Builes, «La invención de la infancia en la literatura», *El Espectador*, 2016.

² Para el presente artículo, se ha recurrido a autores como Rilke, Matute, Pizarnik.

La poeta argentina Alejandra Pizarnik, en uno de sus textos más célebres confiesa: «Escribir un poema es reparar la herida fundamental, la desgarradura, porque todos estamos heridos». Y parecería que algo se empieza a develar para todos los que la leemos y avizoramos que contemplar la infancia a través de la escritura poética es zurcir la herida, la escisión, el rompimiento de lo simbólicamente velado, la abstracción del dolor en el fonema.

Rainer Maria Rilke,³ poeta y novelista austriaco del siglo XX, había escrito en sus *Elegías*:

[...] el destino no es más que lo denso de la infancia. No, es más: no en el sentido de “no es otra cosa que esto”, sino, la infancia es más que el destino, el destino es menos que la infancia. La infancia, en su densidad, lo sobrepasa. Como si la infancia se resistiera al destino, toda vez que en sus horas — las horas de la infancia, el tiempo de la infancia— acontece la disolución radical de toda teleología, de toda destinación. Como si el tiempo de la infancia, no tuviese nada que ver con aquel tiempo histórico lineal, puesto que, en él, en aquellas horas, siempre hay un más, un denso exceso que resulta ser inadministrable, irreductible a las categorías tradicionales de la temporalidad: Oh, horas de la infancia, cuando detrás de las figuras había más que solo pasado y ante nosotros no estaba el futuro.⁴

145

Una vez más la infancia intemporal anclando su peso y densidad, la construcción deconstructiva del fantasma insomne. Algo parecido al juego en un campo minado, donde la poesía permuta lo innombrable, porque de alguna forma, evocar la infancia es instalar la ausencia en el lenguaje.

³ Matías Sánchez Ponce, «Rilke, la infancia indeterminada», *Síntesis, Revista de Filosofía* (2017).

⁴ Rainer Maria Rilke, *Las elegías del Duino* (2002).

Maritza Cino Alvear

Nacida en Guayaquil, Ecuador, en 1957, es escritora y docente en la Universidad de las Artes. Cuenta con una licenciatura en Literatura por la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil y una maestría en Educación Superior por la Universidad de Guayaquil. Es autora de diversos poemarios. Citaremos solo algunos, como *A cinco minutos de la bruma* (1987), *Invencciones del Retorno* (1992), *Entre el juego y la bruma, antología* (1995), *Infiel a la sombra* (2000), *Cuerpos Guardados* (2008), *El temblor de los huertos* (2022). También ha escrito dos libros de cuentos; el más reciente, *Zona de Fuga*, de 2024. Ha recibido varios reconocimientos, como el Primer Premio en el Concurso nacional de poesía Medardo Ángel Silva y el Premio Nacional Ileana Espinel Cedeño en 2023. Su poesía ha sido traducida a varios idiomas y aparece en numerosas antologías.